



Semanario independiente, de Ciencias Sociales y Militares, Literatura y Artes.

DIRECTOR PROPIETARIO: P. ANTONIO DÍAZ BENZO

AÑO I. — NÚM. 4.] SE PUBLICA LOS DOMINGOS 22 DE ENERO DE 1899 ADMINISTRACIÓN: MADERA, 6. [NÚMERO SUELTO 15 céntimos.

SUMARIO

Reorganización Militar, por Julián Suárez Inclán.—De escaparates, por Cilla.—Alocución del Gobernador militar de Granada.—Fuerza del orden de combate según el nuevo Reglamento táctico de Infantería, por Casto Barbasán.—Humoradas trascendentales, por F. C.—Los sustos del vecino, por M. Gómez Vidal.—Yo tengo una bicicleta, por Antonio Casero.—La langosta (boceto campesino), por José de Elola.—Anuncio.

REORGANIZACIÓN MILITAR

SUCESOS lamentables y dolorosos para la nación española acaban de poner en evidencia imprevisiones y descuidos en todos los órdenes de la vida social. No ha de pretenderse que en el organismo militar, tanto en lo que atañe al ejército de tierra, cuanto en lo que concierne á las fuerzas navales exista la perfección que es consecuencia de atenciones preferentes y cuidados solícitos en la época ordinaria de la paz. En la constitución y funcionamiento de las instituciones armadas hay muchos defectos con que se inutilizan grandes cualidades, que en todo tiempo serán capaces de producir éxitos gloriosos, cuando bien se las aproveche; y fuera pretensión absurda el sostener que nada hay en el orden militar que deba necesaria y prontamente modificarse.

Conocidas son las deficiencias que existen en el ejército por cuantos á él pertenecemos; las hemos expuesto muchas veces del modo que nos era dable, según la posición y representación de cada uno; pero es muy sabido que, por lo general, nuestras justas demandas y observaciones razonables en las Cámaras, en Ateneos y Academias, en el libro, en el periódico y en revistas profesionales, fueron de todo punto desairadas; nues-

tros esfuerzos se estrellaron de continuo ante la inerte pasividad ó declarada oposición de espíritus rutinarios, ignorantes é imprevisos. En vano fué que se llamase la atención sobre el escasísimo y anticuado material de guerra; inútilmente se pusieron de manifiesto los defectos de nuestra organización, y el abandono de todo lo que es fundamental, en materia de reclutamiento y de instrucción de las tropas; de nada sirvió demostrar la indefensión de nuestras costas y fronteras.

El anhelo de obtener á todo trance grandes y mal estudiadas economías en los servicios públicos, que al cabo costaron á la nación raudales de oro, millares de vidas, pérdidas inmensas de territorio y de prestigio en el mundo; y el afán de mantener un sistema militar impropio de la época presente, produjeron al cabo inevitables consecuencias. Nuestras fuerzas de tierra y mar estaban de todo punto desapercibidas para una lucha regular y seria: bien será recordar que en más de una ocasión, á requerimiento de inmediatas y racionales mejoras se opuso el concepto de que los valerosos pechos españoles, la bravura ingénita de nuestra raza nos sacarían con fortuna de toda clase de conflictos, cualesquiera que fuesen nuestras deficiencias; y esas ideas, elocuentemente expuestas, ganaban los espíritus, atraían la aprobación y el aplauso, por lo mismo que satisfacían el orgullo nacional, y adormecían los ánimos, que al despertar de letárgico sueño, apenas se dan cuenta de la magnitud del desastre á que fatales descuidos nos condujeron.

Y aun hubo quienes, movidos por suspicacias absurdas, y afirmando que España en modo alguno estaba expuesta á conflictos interiores ni exteriores, se opusieron explícitamente á toda mejora en los servicios militares, ante el pueril é infundado temor de que, vigorizado el ejército, sintiese propensión á realizar actos que cercenasen las libertades públicas, no apreciando, imbuido su cerebro de fatal obcecación, que sosteniendo tales ideas causaban grave daño á la salud de la patria.

(1) El Sr. General Suárez Inclán honra con su colaboración las columnas de este semanario, y nos felicitamos por ello, no sólo á causa del anhelante deseo que siempre tenemos de satisfacer á nuestros lectores, sino porque las opiniones de tan distinguido orador y escritor militar, son fruto de antiguo y sereno estudio, y sin necesidad de aprobación ni de informe extraño, llevan por sí el carácter respetable, profesional y práctico que debe tener todo juicio acerca de las instituciones militares.

Sucedió, pues, lo que debía suceder; aunque acaso pudo contenerse el desastre; ó por lo menos, aminorarse sus consecuencias, observando conducta distinta de la que hemos seguido. Entiendo, sin embargo, que no es bien entrar en disquisiciones sobre este asunto, porque creo inoportuno buscar culpas y solicitar responsabilidades, con que se aumente la discordia y se aviven las pasiones; y demás de eso, no se acomodaría en manera alguna labor de esa índole á la naturaleza de esta publicación. Debemos, sí, investigar minuciosamente los sucesos pasados; pero con el fin de aprender en ellos, y de corregir, al punto, con mano firme y acción perseverante, errores y defectos notorios. Siempre la experiencia da lecciones provechosas, y si es verdad que los sucesos prósperos adoctrinan, son quizá más útiles para la enseñanza los hechos desgraciados, cuando con espíritu sereno se los examina y analiza.

En tal concepto, interesa empezar sin pérdida de tiempo las tareas que puedan curar las profundas heridas que la nación acaba de sufrir. La labor es urgente, si hemos de precaver y evitar graves peligros; y de otro lado no debe ocultarse á nadie que cuanto más tiempo transcurra, será más difícil la obra de nuestra recons-

titución, y se ofrecerán mayores dificultades para emprenderla y ejecutarla.

El ejército no puede ni debe substraerse á semejantes empeños, y es, en juicio mío, deber que á todos se nos impone, estudiar sin demora los medios que conduzcan enaltecimiento de las instituciones armadas. Aplauso merecerán cuantos dediquen su inteligencia y sus conocimientos á tan importante asunto, y digno de alabanza es y será todo trabajo que se encamine á ese fin. Reconociendo la escasez de mis facultades, pero con voluntad resuelta y firme de contribuir en cuanto me sea dable á la propagación de ideas que deben realizarse prontamente en bien del ejército y de la nación, me propongo exponer en números sucesivos de este periódico pensamientos que de antiguo tengo arraigados en mi espíritu, y que han robustecido por gran manera los sucesos que todos los españoles amargamente lamentamos. Si ellos pueden tener alguna aplicación, y son bien acogidos por mis compañeros de armas, veré satisfechas todas mis aspiraciones y deseos; en otro caso, perdónese me el escaso acierto, en gracia al buen propósito que me anima.

JULIAN SUAREZ INCLAN.

DE ESCAPARATES, POR CILLA



—Los libros de Pereda, Galdós, etc., á la vista; y el mejor, el mío! *Ayes de un alma lacerada y triste...* ¡oculto en un rincón!... ¡Intrigas!...



—Ahora me tomo dos copas más... y me hacen daño... Vuelvo á casa, mi rujeer se incomoda, me da dos bofetás... y también me hacen daño. Está visto que los sábados todo me hace daño.



—Calcetines de Escocia... corbatas de Escocia... El mejor día ponen aquí de ese bacalao que también debe ser á cuadros...



—Cómo no se detendrá la gente, entusiasmada, á admirar este cuadro, ¡siendo tan hermoso! Y no lo digo porque sea mío.



—Pues no se va, ahora que se le presentaba un pretexto decoroso para acercarse, entablar conversación y... regalarme una pulsera...



—¡Ah seductor, infame! ¡Con esas te gastarás tú el dinero!... ¡Ahora me las vas á pagar todas juntas!

Alocución del Gobernador Militar de Granada

El Sr. General Capdepón, Gobernador militar de Granada, dirigió hace días al batallón expedicionario de Madrid, número 1, en el acto de ser bendecida su bandera, la siguiente alocución, digna de aquel ilustrado y dignísimo militar:

«Vuestra bandera acaba de ser bendecida. Esto os dice que caerán sobre vosotros las bendiciones del cielo, si cumplís, como cumpliréis, los deberes que la patria os impone.

Ajenos á todo interés político, que es pequeño, obedientes á vuestros jefes, con los ojos fijos en esa enseña gloriosa, contribuiréis poderosamente á restañar las heridas que la patria ha recibido, no por falta de valor de vuestros hermanos, que han luchado heroicamente, sino porque la Providencia así lo ha dispuesto en sus inexcrutables designios que debemos respetar.

Que no invada nunca el desaliento vuestros corazones, y no los invadirá porque sois hijos del pueblo español, que ha dado siempre los más altos ejemplos de perseverancia y de fe en sus destinos, del pueblo español que se vió deshecho y destrozado en las márgenes del Guadalete y luchó sin tregua durante siete siglos, hasta vencer y mostrarse más potente que nunca lo había sido; precisamente en esta ilustre ciudad, guiado por el gran Rey Fernando V de Aragón y por la más excelsa y virtuosa de las Reinas, Isabel I de Castilla.

El pueblo musulmán fué vencido y aniquilado; pero no solamente por el esfuerzo de los cristianos sino por las discordias civiles que desgarraron el floreciente reino de Granada. Tenedlo presente: hoy es indispensable regenerar la patria herida por el infortunio; hoy es indispensable que todos estemos unidos, y mantener el orden social es una de nuestras más importantes obligaciones. Por fortuna ocupa el trono de San Fernando un Rey inocente, educado por su augusta madre, la virtuosa Reina María Cristina, que le ha guiado por el sendero de la virtud y del honor, y que con la austeridad de sus costumbres, con su invencible amor á la patria de su esposo, donde nació su hijo, le da alto ejemplo, que imitará algún día, y quizá, como hizo su malogrado padre Alfonso XII, nos guiará á la victoria. ¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina Regente! ¡Viva España!

FUERZA DEL ORDEN DE COMBATE

SEGÚN EL NUEVO REGLAMENTO TÁCTICO DE INFANTERÍA

No hace mucho tiempo se puso en vigor el nuevo «Reglamento para la instrucción táctica de las tropas de Infantería», en substitución del que se elaboró á raíz de nuestra última campaña carlista, y que comenzó á regir el año 1881. Diez y siete años de vida, en esta época de incasantes transformaciones, parece que es plazo sobrado largo; y sin embargo aquel Reglamento ha muerto sin que haya sido posible averiguar si respondía á las necesidades del combate moderno, de ese combate moderno esbozado imperfectamente en la campaña de 1866, algo más caracterizado en la de 1870-71, pero que no ha acabado de diseñarse de una manera precisa todavía, y sin que entre nosotros se hayan podido estudiar de una manera seria sus aciertos ó desaciertos, ni en la guerra real que no hemos sostenido, ni siquiera en unas grandes maniobras importantes que tampoco hemos realizado de un modo formal.

Un estudio detenido del nuevo Reglamento; un análisis de las nuevas tendencias que marca (si las tiene), y de las modificaciones que introduce, sería quizá inadecuado para la índole de LA NACIÓN MILITAR, y sin quizá prematuro, mientras no se publique la Memoria que ha de explicar el por qué de las innovaciones, y los fundamentos de los nuevos procedimientos.

No vamos, pues, á intentar el análisis del Reglamento; nos concretamos, por hoy, á examinar la fuerza que promete el orden normal de combate, comparándola con la que desarrollaba el mecanismo de combate del anterior Reglamento.

Una de las modificaciones más esenciales que se ha introducido en el nuevo Reglamento, ha sido la que hace referencia al fraccionamiento de la compañía. Indiferente en los viejos reglamentos, porque la compañía no había alcanzado la importancia y la independencia que en las últimas campañas le concedieron los prusianos, el fraccionamiento adquirió interés, y hubo de estudiarse más detenidamente, cuando, á consecuencia de los progresos de la táctica, la compañía ascendió á la categoría de unidad de combate, y vinieron á recaer en ella parte de los atributos del batallón. Como tal unidad, la disposición de sus elementos para la lucha forman el organismo base, el fundamental, en tales términos, que el orden de combate de las demás unidades no viene á ser otra cosa que un conjunto de formaciones de combate de compañía, con agregación de otros elementos que no están directamente empeñados, y que tienen por el momento una misión pasiva, expectante, más bien dirigida á la seguridad de las propias tropas que á la ofensa del enemigo. Se comprende así la gran importancia que ha de tener la articulación de la compañía en diversos órganos, y la influencia que ha de ejercer esta articulación en la manera de funcionar el organismo entero.

El actual Reglamento ha adoptado el fraccionamiento ternario para la compañía nada más, y ha conservado el binario para las subdivisiones de ésta. Así, la compañía se divide en tres secciones, y cada una de ellas en dos pelotones de dos escuadras.

No detalla el Reglamento la fuerza de la compañía, ni de la sección: pero en las *Advertencias generales* del orden abierto de batallón, se ve que calcula sobre un efectivo de 800 hombres disponibles en esta unidad, lo que da para la compañía 200 hombres y 66 para la sección.

El orden normal de combate de la compañía, coloca una sección en guerrilla y dos en reserva parcial. El de batallón, se compone con dos compañías acoladas en la anterior disposición, y guarda las otras dos en reserva. Es decir, el batallón desarrolla en los primeros momentos, en la disposición inicial, la sexta parte de su efectivo, ó sea 122 hombres.

Acepta el nuevo Reglamento un frente de combate para el batallón de 400 pasos, ó 260 metros, que proporciona una densidad de 3 07, hombres por metro corriente de frente. Si los hombres hubieran de estar simétricamente espaciados en la guerrilla, tendrían que estar colocados á 2,12 metros de eje á eje, y aun deducido del frente total los intervalos entre fracciones, quedarían á 1,73 metros de eje á eje, dejando intervalos de 1,13 metros, que viene á ser algo menos de dos pasos. Pero el mecanismo del despliegue prescribe que los hombres en la guerrilla se coloquen á un paso de intervalo, lo cual equivale á que las guerrillas cubran nada más un espacio de 150 metros del frente, y añadiendo los intervalos entre fracciones no se alcanza á cubrir más que 203 metros de dicho frente. Habrá, pues, que aclarar algo más la guerrilla, ó aumentar los intervalos entre fracciones para guarnecer todo el frente, ó reducir éste. De estas tres soluciones la que parece más conveniente es la primera: los intervalos de un paso, parece un mínimo al que no debe llegarse, porque estos intervalos deben calcularse según el desvío lateral medio de las armas á las distancias de combate, y además, porque las guerrillas densas se hacen muy vulnerables. Aumentar los intervalos entre fracciones, no suele ser conveniente, por cuanto

dificulta la vigilancia y el trabajo de las clases, y además en el tipo normal establecido por el Reglamento, los intervalos, dentro de las fracciones de la compañía, son aceptables, y aún hay el intervalo entre las compañías, que se ha elevado hasta 50 pasos, el cual no será fácil que nadie considere que es un pequeño intervalo. La reducción del frente, no es menos inconveniente: aun habiéndolo aumentado el nuevo Reglamento, resulta inferior á lo que la mayoría de los tácticos han preconizado como mejor: no sería, pues prudente, apartarnos de lo que el cálculo y la experiencia de las últimas grandes guerras han aconsejado, y ha sido experimentado ampliamente en las grandes maniobras de las naciones que tienen la dicha de realizarlas todos los años con la mayor solicitud.

En el Reglamento anterior, con el mismo efectivo de 800 hombres calculado al batallón, se organizaba el orden de combate con dos compañías también en primera línea, pero éstas llevaban á la guerrilla, al romperse el fuego, dos secciones cada una; de modo que había en fuego cuatro secciones, ó la cuarta parte del batallón, que daban 200 hombres.

Para que se vean mejor las diferencias de ambos tipos y pueda apreciarse á primera vista sus ventajas é inconvenientes, creemos preferible resumir los datos de uno y otro en el cuadro siguiente:

ESTADO COMPARATIVO	REGLAMENTO	
	Anterior.	Actual.
Fuerza supuesta del batallón.....	800 h.	800 h.
Idem de la compañía.....	200 »	200 »
Idem de la sección.....	50 »	66 »
Idem de la escuadra.....	11 »	15 »
Idem de la guerrilla en el orden de combate.....	200 »	122 »
Frente de combate.....	240 m.	260 m.
Idem que cubren realmente los hombres que despliegan.....	222 »	150 »
Idem íd. con los intervalos entre fracciones.....	240 »	203 »
Intervalo que corresponde según el frente total.....	1'50 »	2'13 »
Idem deducidos los intervalos entre fracciones.....	1'11 »	1'73 »
Densidad del orden de combate de batallón por metro corriente de frente.....	3'33 h.	3'07 h.

Aún hay otro aspecto por el cual debe examinarse la cuestión, pues no contribuye menos á la fuerza de una disposición de combate, que el número de fusiles que hace funcionar en un momento dado. Este otro aspecto es el que se refiere á la parte directiva é impulsora de la fuerza.

El nuevo tipo de orden de combate confía la vigilancia, el orden y la dirección de la guerrilla extendida en 260 metros, á 2 oficiales, 4 sargentos y 8 cabos. El antiguo, distribuía en los 240 metros del frente, 4 oficiales, 8 sargentos y 16 cabos.

No voy á discutir cuál de estas dos series de cifras es más conveniente: aun suponiendo que las últimas fueran evidentemente exageradas por exceso, parece que las

otras forman el límite opuesto, y lo mismo se peca por carta de más que por carta de menos. El nuevo tipo exigirá de los oficiales un trabajo mucho más penoso y más difícil: les obliga á extender su acción en un frente doble del anterior, y sobre una cantidad de hombres mayor también. Yo no sé que el trabajo de los subalternos en el antiguo orden de combate fuera extraordinariamente cansado, de donde deduzco que en el nuevo puede llegar á ser abrumador en grado sumo, y puede ofrecer dificultades insuperables. En nuestros terrenos quebrados (y estos desgraciadamente parecen ser los llamados á ser nuestros más frecuentes campos de batalla), un frente de más de 100 metros parece extensión muy crecida para que en ella haga sentir un subalterno su acción, para que vigile la instantánea ejecución de las órdenes, y hasta para que se haga entender entre el estruendo continuado de los disparos.

Indudablemente la Comisión de táctica, redactora de nuestros reglamentos, ha tenido en cuenta estas y otras muchas razones, y cuando se ha decidido por el sistema adoptado habrá sido porque ha encontrado en él ventajas sobre el anterior; ventajas que explicará en la Memoria general, y que por ahora no podemos apreciar. Por ahora sólo choca, que cuando en las maniobras más recientes de las grandes naciones se ha buscado reforzar los órdenes de combate llevando desde el primer momento el mayor número de fusiles á la guerrilla, nuestro reciente Reglamento haya disminuido la fuerza que el anterior procedimiento proporcionaba.

A este propósito publicaba *La France Militaire*, del 29 de Septiembre último, unas observaciones sugeridas por lo practicado en las últimas maniobras imperiales de Alemania, y respecto á la infantería decía:

“En la infantería se ha concedido capital importancia á la superioridad del fuego, haciendo entrar en línea desde el primer momento de cada simulacro de combate considerable número de fusiles, y manteniendo el escalonamiento en profundidad.”

En suma; el anterior reglamento ponía un cuarto de su efectivo en la guerrilla en cuanto tenía que romper el fuego, que es cuando se completaba el orden de combate: el actual no pone más que el sexto del mismo efectivo. ¿Cuál tiene razón?

La práctica lo dirá.

CASTO BARBASÁN.

El Centro del Ejército y de la Armada

deseoso de fomentar entre los elementos armados el estudio del idioma inglés, abre una clase para el estudio del mismo á cargo del acreditado profesor D. Enrique Burt.

La clase se dividirá en dos partes, dedicadas respectivamente á los socios y á sus hijos.



BELLAS ARTES



¿LA DEL JUICIO?

(Cuadro de Weze).



Humoradas

Trascendentales.



Te vi en misa, Luisa,
y tuve una sorpresa, pero gorda.
¿Cómote arreglas tú para oír misa
siendo como una tapia, por lo sorda?

Pides una pensión; y nadie duda
que la pides con fe. ¡Con fe de viuda!

No olvides nunca, Rosa,

que el hombre debe ser, para que intente
elegir una esposa,
igual que una provincia en una cosa:
en tener *capital*. ¡Tenlo presente!

Voy a decirte una verdad y es esta:
es cierto que el trabajo
redime, sí; ¡pero también molesta!

Pones *ayer* con hache y *hoy* sin ella,

y, aunque debo callarme, no lo paso;
que es muy feo escribir, Aurora bella,
¡y así haches con un día de retraso.

No me escribas, mi bien. Ya no deseo
recibir tus cartitas, vida mía;
ya detesto el correo.
¿Por qué? ¡Pues que has dado en la manía
de enviarme las cartas sin franqueo!

F. C.

LOS SUSTOS DEL VECINO



Si á cualquiera se le pregunta qué es lo que engendra y fomenta la unión entre dos pueblos, contestará sin vacilar: la unidad de origen; la unidad de raza; los intereses comunes; las mismas desgracias y peligros idénticos para ambos que exciten y muevan el instinto de la propia conservación, mantenido en justo y prudente grado por las virtudes que derivan de la fortaleza del espíritu: parece que así debe ser sin excepción alguna, y, sin embargo, quien tal creyera hoy, estaría completamente equivocado, viéndose en la precisión de confesar su error al dirigir la vista sobre la nación lusitana.

Portugal tiene nuestro mismo origen; su pueblo es de nuestra misma raza; sus intereses, que derivan de sus necesidades cuya afinidad con las nuestras imponen naturalmente la unidad de origen y la unidad de raza, tienen forzósamente su afinidad más poderosa con los nuestros; nuestras actuales desgracias y desmembración del territorio como consecuencia de una guerra injusta é inicua, tienen sus semejantes en el sacrificio de la nación portuguesa en aras de una política codiciosa y egoísta, que oficiando como genuino logrero pone su mano sobre Mozambique y Delagoa, y los peligros que á nosotros, desangrados, empobrecidos y casi inermes en el mar nos amenazan, se ciernen sobre ella por estar arruinada y ser pequeña y débil: pues bien; Portugal, así y todo, constituye una excepción de la que pudiéramos llamar la regla general respecto de lo que engendra y fomenta la unión entre dos pueblos, y hoy puede observarse el fenómeno de que, esa comunidad de origen, de raza, de intereses y de peligros, en vez de hacer surgir entre aquel pueblo y el nuestro la simpatía y la atracción, desarrolla allí la antipatía y la repulsión hacia nosotros. Dos órganos de la prensa portuguesa, *Novidades* y *O Journal do commercio*, en tono altanero y con prosopopeya verdaderamente portuguesa, nos dan consejos que aprovechar pudieran para sí, sobre lo que debemos hacer para regenerarnos; como si su medro y bienestar que los tiene tan lucios, les hubieran revelado el secreto de la reconstitución y regeneración de los pueblos; nos suponen con afanes y proyectos de conquista de Marruecos, Gibraltar y el territorio lusitano: llaman estultas á estas supuestas é inventadas pretensiones, y hasta el primero, formula una amenaza á nuestros territorios insulares y posesiones africanas, no con sus fuerzas, las portuguesas por supuesto, sino con las de Inglaterra, como chiqui lo travieso que intimida al vecino con decirle que va á azuzarle el perro, denotando todo esto el estado de la opinión poco ó nada favorable á España, ó acaso el propósito de crear y alimentar ese estado de opinión, para conformar á ésta con resignarse al sacrificio que impone á Portugal su amistad y alianza con Inglaterra, ante la sospecha de que llevemos á cabo el supuesto proyecto de resar-

cirnos de nuestras pérdidas de territorio con la anexión del lusitano, sospecha absurda, nacida al calor de la causa eficiente de aquel fenómeno verdaderamente extraño.

Mas por extraño que sea, tiene su lógica explicación, cuando como para darse la de otro cualquiera se analiza su causa: al estallar el conflicto armado entre España y los Estados Unidos, no provocado ciertamente por nuestras arrogancias como con manifiesta mala fe lo dice *Novidades*, sino por las exigencias intolerables de la república de la Unión, nadie consideraba como inevitable y absolutamente cierta nuestra derrota, y alguien, y entre estos acaso Portugal, admitía la probabilidad de nuestro triunfo. "Todo puede temerse de España vencedora (se dijeron tal vez); nosotros no tenemos en las arcas de nuestro tesoro un solo rei; si vence España, será poderosa, nosotros débiles y plagados de deudas; el sueño español de la Unión ibérica, España querrá convertirlo en realidad y nosotros no podremos evitarlo," y apareciendo en los espantados espíritus el temor de la pérdida de la independencia; excitado en alto grado el instinto de la conservación ante el posible y aun probable peligro forjado por el temor, inspira la busca de un apoyo, de una defensa, de una salvaguardia, y dirige sus ojos á Inglaterra la nación portuguesa, que huyendo de un peligro imaginario cae en otro real, como todo el que asustado, toma irreflexivamente un partido bajo la influencia del terror y aconsejado por éste.

La suerte nos fué contraria, pero esto sólo ha cambiado el modo de manifestación de la causa, origen de los errores que lamentará amargamente en su día (no muy lejano) y cuando no tengan remedio, la asustadiza nación vecina occidental de España; ahora no teme las arrogancias del vencedor, pero teme los deseos de resarcimiento del vencido; los da por efectivos; y bajo idéntica influencia acude á Inglaterra, estrecha su amistad y se alía con ella; se convierte en mercenaria suya; se deja desmembrar en sus colonias sin proferir una queja, y puesta la vista en España, ni ve ni comprende ni siquiera barrunta los designios de la pérdida Albión: he aquí una explicación del fenómeno que presenta el proceder del pueblo lusitano.

¡Portugal se figura que Inglaterra ha de protegerla contra sus enemigos y en exclusivo interés lusitano! ¡No toma lecciones de la historia que demuestra lo funesto de las alianzas con los ingleses, ni de lo hecho por los Estados Unidos con Haiti enfrente de Alemania; ni del proceder de Rusia con Francia en la cuestión de Fashoda! Allí él con sus yerros y desaciertos, pero al par que contrista el equivocado concepto que ya sincera ó ya intencionadamente propala en contra nuestra, ensancha el alma el ver que, no obstante nuestras desdichas y caídas, aún hay quien nos teme lo bastante para cegar de tal manera que marcha sin advertirlo por el camino de su perdición.

M. GÓMEZ VIDAL.



¡YO TENGO UNA BICICLETA!

—Y que corre más que el tren...

—¡Joven de la bicicletal

—¿Qué se ofrece?

—Nada, hija,
que si quité usted que la extiende
un recibo en el que coste
que la vecindad entera
sabe que gasta usted máquina
que costó dos mil pesetas,
y luce usted el cuerpecito
cuando se sube usted en ella,
y que la montan al pelo
las señoritas, y... etcétera;
si quiere usted se lo firmo
porque, créame usted, prenda,
pa mí que la han enseñado
la copia en día de fiesta;
entre usted, y la del catorce
y el mirlo de la portera
y el novio de mi minina,
que pasa las horas muertas
mallando por sus pedazos
paece el patio una grillera
y no hay quien pegue los ojos.
—¡Dígale usted á su parienta
que se traiga goma arábica
ú que le dé adormideras,
Miste el demonio del hombre
con las que se viene.—¡Pepal
no cantes, hija, no cantes,
porque se se enfada su alteza
el zapatero!

—Pues, dile
que se vaya á la pradera
de Guardias, á echar tacones,
—¡Que la den á usted la orejal
¡Marizápalos!

—¡Mí el tfo!
—¡Gracioso! si tan siquiera
cantase usted como manda
el catecismo ú las reglas
musicales, todavía
la escuchaban á usted, ¡reina!
—Iré por darle á usted gusto
dende mañana á la escuela
de canto.

—¡Hace mucho aire!
—Como que por diez pesetas
que paga usted por el cuarto
va usted á pedirle grandezas
y va usted á querer que cante
la *Pastí*.

—¿La... pá quién?
—Esa
es mucha *Pastí* pá usted,

—Vamos, señora, usted sueña.
—¡Y usted delira!

—¡Expresione!
—¿A quién?

—¡A la bicicletal
—¡De su parte!

—Muchas gracias,
y recuerdos á la Pepa,
y que canten ustedes mucho
el tango porque se presta
al insomnio.

—Pues me parece
que va usted á dormir de veras!
—¡Qué siga usted bien so... tiple!
—¡Qué siga usted mal so... acémila!

ANTONIO CASERO

LA LANGOSTA

HOCETO CAMPESINO

El sol de Agosto caía á plomo sobre la llanura inacabable cruzada por el camino vecinal con infulas de carretera que reúne dos pueblos, cuyo nombre no viene á cuento. Abrasábame el sol, hundíanse los cascos de mi caballo en densa alfombra de polvo, levantando amarillenta nube que me envolvía, depositando impalpables partículas de tierra en mis ropas, introduciéndose entre los pelos de la barba, tornándola apelmazada y de color terroso, adhiriéndose á los párpados y haciéndome escocer los ojos, pegándose á la lengua y al paladar, secándome la garganta, ahogándome y despertando sed abrasadora que no veía medio de poder saciar.

Tres horas antes había salido de uno de los pueblos citados encaminándome al vecino lugarejo para cerrar un trato pendiente y regresar al otro día. Andaba el sol por lo más alto de su carrera, despedía el suelo fuego y el calor y la sed eran intolerables. Tendí la vista por toda la aridez de la llanura, y en cuanto la mirada sbarcaba no vi ni río, ni arroyo, ni noria, ni una sola casa donde pudiera encontrar una gota de agua. Parecía que el sol, calcinando aquella tierra colorada en los barbechos y amarillenta en los rastrojos, había secado los campos sin dejarles jugo para una planta ni para una hoja.

Aguijoneado por el ansia de llegar donde pudiera hallar agua, espoleé al caballo, que tomó un cansino trote bien poco duradero, pues ni él estaba para tales prisas, ni yo podía soportar lo espeso del polvo levantado por la rápida marcha. Cayó de nuevo al paso, siguiendo con más lentitud que antes, agobiado de calor, jadeante, con la cabeza baja y las orejas gachas, y lamiendo el hierro del bocado para refrescar la reseca lengua.

Al llegar á lo alto de un otero sacáronme de mi ensimamiento un alegre relincho de mi cabalgadura y las sacudidas de resuelto galope emprendido *motu proprio* por la bestia. Alcé los ojos, y á distancia como de mil pasos vi una alegre mancha verde en la llanura. Era una hermosa huerta.

Alrededor de una noria, de donde un burro tuerto sacaba agua mientras una mula coja esperaba su turno pasando en el prado cercano, se extendían los cuadros de hortalizas y verduras alineadas sobre los lomos de húmeda tierra obscura, separados por surcos cuidadosamente escardados diariamente por los hortelanos de hierbajos y ortigas. Allí se veían todos los matices del verde, desde el claro de la despeinada escarola al plumizo de las apretadas alcachofas; y rompiendo la monotonía de una tonalidad uniforme, aquí extendían las coles sus moradas hojas, allá ostentaban un rojo vivo los tomates y pimientos y blanco paja las coliflores. Todo fresco, jugoso, rebosando humedad, brotando de la tierra gracias á aquella agua que, cayendo con argentino son de los arcaduces á cada vuelta de la noria, llenaba la alberca, derramándose luego por los surcos, dando infinitas vueltas á la huerta, recorriéndola en todas direcciones, repartiendo frescura y lozanía á una planta tras otra; besando sus raíces por un lado á la ida y besándolas de nuevo por el otro al retorno; filtrándose en la tierra para ablandar las semillas y hacerlas brotar menudos tallos que más tarde sostendrán robustas hojas y sabrosos frutos.

No recuerdo haber disfrutado en mi vida tan grata sensación de bienestar físico, cual la experimentada á la sombra del frondoso emparrado de la casita de aquellos pobres hortelanos, refrescado por el húmedo ambiente, me-

rendándome raja tras raja un melón entero, y entretenido con la charla de los buenos labriegos.

Eran éstos un matrimonio viejo, padres de una garrida moza con el pelo como la endrina, ojos como la noche, boca más fresca que el agua de la noria, y alegre y risueña cual la aurora cuando miraba á un zagalón de veinte años, apuesto y arrogante, que sólo tenía ojos para la muchacha.

Él era sobrino del amo de la huerta: quedóse huérfano muy *chiquitico* y el matrimonio lo recogió. Nació Nemesia, se criaron juntos, crecieron, se miraron... y cuando yo los conocí eran novios y se iban á casar *di quid á un mes*. Sólo aguardaban la madurez de los frutos de la huerta, porque él había caído quinto *pa Ultramar* y tenía que poner un *sostituto*. Ya lo tenía *apalabrao*, pero había que esperar á la cosecha; pues si bien el tío Pizcas (el hortelano) tenía sus ahorritos en la hucha para este caso, *otavía faltaba una mijajilla*. Gracias que la huerta se había *portao hogaño*, prometiendo más verduras que otras veces en tres cosechas, y habría *pa tó: pa el sustituto y pa la boda*.

El agua y el melón me refrescaron el cuerpo; el rato de charla, la alegría y la honradez de aquella gente me refrescaron el alma. Diles gracias, despedíme y seguí mi jornada.

..*

Al otro día retornaba yo por el mismo camino. Eran las primeras horas de la mañana y comenzaba el sol á picar de firme, cuando á lo lejos, en el limpio azul del cielo, vi una nubecilla negruzca que poco á poco se ensanchaba, acercándose y avanzando con ella la sombra que en el suelo proyectaba. Un murmullo, lejano en un principio, se hacía cada vez más perceptible, *formando* extraño é indefinible ruido, *vago run run*, algo semejante al estrépito de una bandada de pájaros que alzara el vuelo, pero menos violento y más intenso, más apagado y más continuo; un rumor sordo, en medio del cual se oían leves pero constantes y multiplicados chasquidos. La sombra, obscureciéndose constantemente, lo iba invadiendo todo, matando los brillantes colores que la luz encendía en el llano. Levanté los ojos, y sobre mi cabeza miré el temeroso nubarrón donde rebullían infinitos cuerpecillos en incesante movimiento; y creciendo el ruido, semejava innumerable enjambre de abejas, zumbido de millones de millones de tábanos.

Yo no había visto nunca aquello; al pronto creí fuera un aguacero próximo á descargar, pero súbito una idea acudió á mi mente. ¡La langosta!

Llegué á la huerta donde la tarde anterior habrá descansado. Allí estaban viejos y mozos en un grupo, con horcas de aventar y azadones en las manos, los ojos fijos en la nube que avanzaba, retratada la angustia en todos los ros-

tros, contraídos por el espanto los semblantes. ¿Pasaría la plaga? ¿Caería allí?...

Todo estaba verde y alegre cual lo contemplé la víspera.

Cesó el rumor, aumentó la sombra, cayeron aquí y allá unos animalejos de color obscuro, ojos saltones, desmesuradas y aceradas patas, férreas mandíbulas, algo así como una diminuta reducción de feroz monstruo apocalíptico; aumentó el sinnúmero de los que caían, y, por último, cual si fuera pedrisco de granizo que golpeará el suelo, desplomóse entera la nube, viniendo á tierra la viviente masa. Ya no vi colorados barbechos ni rubios rastrojos, ni los surcos del arado, ni la verde huerta; mis ojos no abarcaban hasta el límite del horizonte sino una mancha pardusca con reflejo verdoso: era el horrible azote cubriendo la tierra con una capa de media vara de espesor donde se removían á millones los malditos insectos, saltando, disputándose los tiernos tallos y las blandas hojas ocultas por sus coriáceos cuerpos antes que sus mandíbulas lo destrozaran todo.

Me pareció que aquellas cuatro personas se habían vuelto locas: poseídas de rabia ciega, la fiebre de matar se apoderó de ellas; incesantemente subían y bajaban las herramientas esgrimidas por sus manos, espachurrando á cada golpe centenares de langostas; hundiéndose hasta las corvas en el montón viviente, pataleaban con saña, matando con los pies y matando con las manos; pero todo era inútil, pues no había fuerza humana suficiente á luchar con el inacabable enjambre; mataban por odio, por venganza, mataban para desahogar el coraje, pero sin esperanza, pues sabían que sus esfuerzos serían inútiles.

Yo presenciaba aquello sintiendo profunda conmiseración; meditando en la huerta tan hermosa ayer, rasa mañana; miraba la cosecha destrozada, el trabajo de aquellos infelices completamente perdido, veía desolación, ruina y hambre en lontananza.

Pensé en el invierno sin pan, sin lumbre y sin recursos, en los ancianos arruinados después de consumir su vida en regar la tierra con el sudor de su frente, en el mozo arrancado por la guerra al hogar y los amores, en la muchacha á quien con él arrancarían el alma; recordé el alegre cuadro de dicha y alegría vislumbrado la víspera para el porvenir; y al contemplar tan horrible contraste, no pudiendo soportarlo, piqué espuelas y me alejé al galope.

Ellos quedaban frente á su desgracia. Se habían cansado de matar, renunciando á la inútil lucha: sombrío el viejo, con los ojos arrasados en lágrimas, miraba su huerta asolada, lloraba silenciosa la muchacha, gritaba la vieja, y el mozo, contemplando á su novia, con el semblante contraído, parecía la estatua del dolor valientemente soportado.

JOSÉ DE ELOLA.

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA EL INGRESO EN LAS

ACADEMIAS MILITARES

Honorarios especiales para individuos de tropa y huérfanos militares.

Clases para los sargentos que deseen ingresar en las Academias de Carabineros y Guardia civil.

Las clases empezarán el 15 del corriente.

Para matriculas y demás detalles dirigirse á la Administración de la Academia.

PLAZA DEL DOS DE MAYO, 8, segundo derecha, de diez á doce de la mañana y de dos á cuatro de la tarde.